M. C. Valdés de Marchant

Instituto de Caridad evangélica ó Hermandad de Dolores

Soc. Imp y Lit Barcelona
Santiago

BIBLIOTECA NACIONAL
1162709

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación: 10;(29-71)

Año: C: 1

SYS: 852499

Instituto de Caridad Evangélica

o

Hermandad de Dolores

3201

SOC. IMP.-LIT. BARCELONA
SANTIAGO
1918

I

ESTA Asociación tiene un origen histórico:

Cuando después de la derrota de Rancagua, que dió de nuevo la dominación de Chile a los caudillos españoles, los patriotas chilenos fueron desterrados a Juan Fernández y expiaban en aquella isla el crimen de amar a su Patria; hicieron a la Virgen de Dolores el juramento de que si

algún día volvían a respirar el aire de la libertad, se consagrarían en muestra de gratitud a aliviar a los enfermos desvalidos, fundando una institución destinada a visitarlos y socorrerlos en su desgracia procurándoles medicinas, alimentos, abrigo y consuelo.

El documento firmado por los ilustres proscriptos dice así:

«Nosotros, confiados en que la bondad de Dios se complace muchas veces en ser honrada y glorificada por los instrumentos más débiles, nos ofrecemos a concurrir en cuanto nos sea posible al establecimiento y propagación del presente INSTITUTO DE CARIDAD,

y prometemos a la persona que se encargase de sus primeras diligencias, si Dios, Nuestro Señor, nos pone en circunstancias de que podamos servir y ser útiles a dicha Institución, que concurriremos cuantas veces fuéremos llamados a tratar de su establecimiento, practicando las diligencias que se nos encarguen y demás que estuvieren en nuestros esfuerzos. Y para constancia de que nos ofrecemos a dicha santa obra, lo subscribimos a 3 de Marzo de 1815.

José Ignacio Cienfuegos.—Agustín de Vial.— Carlos Correa de Saa.— Diego de Larraín.— Juan Rafael Bascuñán.— Francisco Javier Salas.— Santiago Muñoz Be-

zanilla.— Juan Crisóstomo de los Alamos. — Ignacio Torres.— Juan Egaña.— Gabriel José de Valdivieso.—Juan Miguel Benavente. —Francisco Manuel de la Sotta. —Juan Agustín Beiner.— Baltasar de Ureta.— José Paciente de la Sotta.— Gaspar Ruiz.—Isidoro Errázuriz.— Francisco José del Castillo.— Pedro José Prado Jaraquemada.— Remigio Blanco.— José Antonio de Rojas.— Ignacio de la Carrera.— Agustín de Eyzaguirre.— José Santiago Portales.— Juan Antonio Ovalle. —Santiago de Salas.— Joaquín de Egaña.— Joaquín Larraín.— Pedro Nolasco de Valdés.— Manuel de Salas.— Gerónimo Reinoso de Zelaya.— Bernardo de Ver-

gara.— Francisco Antonio Pérez. —Martín Calvo de Encalada.— Manuel Blanco.— Luis de la Cruz. —Dr. Uribe.— Ramón Mariano de Aríz.— Enrique Lasale.— Mariano de Egaña.— Antonio Urrutia.»

Confinados a esa horrorosa isla habían ido aquellos que, no pudiendo huir a Mendoza, inspiraban temores al Gobierno español en Chile, por sus antecedentes y su posición social. Ahí soportaban toda suerte de penalidades y miserias, recibiendo por todo socorro el que la corbeta «Sebastiana» les llevaba. Las lluvias les ocasionaban males, cuya magnitud siempre era terri-

ble para sus pobres albergues que algunas veces fueron arrastrados por la corriente de las aguas.

Un incendio horrible estuvo a punto de consumirlos porque prendido el fuego durante un fuerte vendaval, fué propagándose siniestramente por aquella selva virgen.

Habiendo Chile conquistado su independencia, después de la batalla de Chacabuco, se pensó en la más segura forma de dar libertad a los prisioneros que ignoraban el triunfo obtenido. O'Higgins decretó que el bergantín inglés «Aguila» que había sido apresado por los realistas en Coquimbo el año anterior, enarbolada la bandera chilena, se dirigie-

ra a Juan Fernández con 25 cazadores armados a las órdenes del oficial irlandés don Raimundo Morris, y con el prisionero español, teniente coronel realista don Fernando Cacho, a quien O'Higgins prometió su libertad y la del Gobernador de la isla en cambio de la de los patriotas.

El 24 de Marzo a las 12, dice don Juan Egaña, se avistó una bandera que por lo nublado del horizonte no se podía distinguir con claridad. Luego después Cacho desembarcó solo, y pasó el resto del día encerrado con el Gobernador. ¿Qué había sucedido?... Vendría acaso la orden de transportarlos a otra carcel todavía más horrible?...Pasaron horas

como siglos de mortal angustia para los desterrados. Por último súpose que la Patria había triunfado en Chacabuco, y que el «Aguila» había sido enviado para poner fin al largo cautiverio de sus hijos. No es para descrito el júbilo de que rebosaron esos corazones con semejante noticia. A esas horas amorosos hogares los aguardaban ansiosos.

Como en tales ocasiones no se concibe la demora, al día siguiente, 25 de Marzo, zarpaba de Juan Fernández el «Águila» con toda la gente que allí había. Amontonados, sin camas, ansiosos, prestándoles alas el contento y la esperanza, el 31 de Marzo de 1817 veían nuevamente el puerto de

Valparaíso y eran devueltos a la vida libre.

El gozo y la alegría no conocieron límites, las acciones de gracias subían al cielo como el incienso en medio de las salvas de la artillería y de los vibrantes tañidos de las campanas echadas a vuelo para anunciar la feliz noticia.

Los patriotas embarcados eran 81, y con los soldados y acompañantes 143.

Los nobles corazones que en un peñón del océano regado con sus lágrimas, se ofrecieron para prestar ayuda a los desgraciados, de vuelta a sus hogares cumplieron su promesa, y fundaron la sociedad que es como la ma-

dre de todas las santas iniciativas que en favor de los pobres ha habido en Chile.

Nacida junto con la República, esta es la más antigua de las Instituciones de caridad. En 1818 se estableció en la iglesia de la Compañía, siendo su primer Director don Bernardo O'Higgins y su primer Capellán el Ilustrísimo señor Vicuña.

Durante los años transcurridos hasta 1833, los acontecimientos políticos perturbaron con frecuencia su funcionamiento.

En el libro vetusto de hojas de pergamino con cubierta de cuero, atada con tiras de badana, cuya fisonomía guarda relación con su fecha, *Agosto de* 1833, en

letras casi ilegibles está la Bula de creación del Instituto por su Santidad Pío VII y las gracias espirituales concedidas a la Institución, mandada publicar por el Obispo de Santiago en 28 de Julio de 1823 y los auxilios pecuniarios que a sus fines se destinaban, y dice así:

«Su señoría Ilustrísima el señor Obispo y Vicario Apostólico, teniendo en consideración la concesión hecha a nombre del Sumo Pontífice por el Excmo. e Ilustrísimo señor Muzi, Nuncio de Su Santidad, para que continúen provisoriamente las gracias y privilegios concedidos en la Bula de la Santa Cruzada, con tal que para obtenerlas se in-

vierta la limosna acostumbrada en beneficio de los pobres, y considerando los más necesitados aquellos enfermos vergonzantes que con los socorros de los fieles cuida de su curación y asistencia espiritual, el Instituto de Caridad Evangélica, ordena:

«Los señores administradores de rentas estancadas y sus estanqueros afianzados están encargados de recoger estas limosnas de cruzada para el Instituto, entregando a los contribuyentes una instrucción de sus obligaciones y privilegios, de que recibirán tantos ejemplares cuantas fuesen las monedas de dos reales que sufragasen. En la capital se recogerán las limosnas y darán

estos ejemplares en la iglesia de la Compañía en la noche de todos los viernes del año y primeros domingos de cada mes, y también en la tienda de don Antonio Ramos, esquina de la Plaza.

Francisco de Borja Valdés. Vice Director del Instituto de Caridad Evangélica.—*Juan Egaña*, Secretario del Instituto.»

* * *

En el mismo libro se leen los decretos expedidos para el establecimiento del Instituto, las elecciones y acuerdos de la Congregación, los nombres de las personas de distinción que se interesaron por esta obra, y en cada lí-

nea se encuentra algo de lo que desde niños hemos oído referir en nuestras familias.

En 1837, en reunión presidida por el Obispo de Santiago, se hizo elección de numerosas personas para atender sus servicios; unas para la dirección religiosa, otras para la administración temporal, un grupo de caballeros para calificar a los enfermos acreedores a recibir los auxilios del Instituto y otro de señoras coadjutoras.

Existen estados detallados cuyo resumen da idea del bien que ya entonces se hacía a los pobres, como se puede juzgar por los siguientes que copiamos:

«Según se demuestra, se han

gastado en beneficio de los pobres que no han podido asistirse en los hospitales desde el 1.º de Agosto de 1835 hasta fin de Diciembre de 1836, la cantidad de mil trescientos noventa y siete pesos y un real; y se previene que los sermones y misas de todo el año se han dicho sin interés alguno por los señores presbíteros a quienes se les han encomendado.

»Este año no se han pensionado las boticas, médicos ni barberos, con servicios gratuitos, porque el Instituto lo ha costeado todo, aunque con la equitativa beneficencia que en obsequio de la Hermandad han prestado los señores Saldes, médico del Ins-

tituto, y el señor Jenkinson, boticario.

Santiago, Enero 2 de 1837.

José Tomás de Reyes, Director.
—*Mariano Egaña*, Secretario.»

«Acompaño adjunto el estado que muestra el número de los infelices que han sido socorridos en sus dolencias por la incomparable filantropía del Instituto de Caridad Evangélica, cuyos infelices, la mayor parte hubiesen perecido sin el celo apostólico de los que componen dicho Instituto; y para que no sea sorprendente el número de los socorridos, remito igualmente la lista de sus

nombres; ojalá que a la vista de un resultado tan gigantesco en beneficio de la humanidad, se conmuevan los corazones de nuestros compatriotas, cooperando todos a tan grande obra.

Enfermos asistidos en sus casas, de médico, botica y dinero, 424.

Enfermos socorridos en la sala de mi casa, con sólo medicinas, 5,612.

Santiago, Enero 1.º de 1839. El médico del Instituto, *Antonio Torres.*

»Según se demuestra, se ha gastado hasta fin de Diciembre de 1838, mil seiscientos noventa y siete pesos, uno y medio reales; cuando lo colectado y la existen-

cia que quedó en dicho año sólo asciende a la suma de mil trescientos sesenta y tres pesos, cinco y medio reales, por lo que resulta un déficit de $ 333, cuatro reales, según se va a demostrar:

Se debe a la botica de don José Camilo Gallardo, según su cuenta, $ 306, trece y medio reales.

Al Tesorero, por suplementos que ha hecho para gastos urgentes $ 26, cuatro y medio reales.

Santiago, Diciembre 31 *de* 1838.

José Tomás de Reyes.»

«El Instituto de Caridad Evangélica, deseando hacer más ex-

tensivos los objetos de beneficencia pública que se ha propuesto, ha determinado costear a sus expensas las operaciones cesáreas que se hagan en esta capital, a cuyo fin los que se encuentren en el caso de solicitar médicos para que practiquen esta operación, podrán ocurrir a la casa de don Pedro Morán o a la del médico del Instituto, don Antonio Torres, cuyos señores ya están prevenidos a este fin.»

* * *

En 1842 figuran el Iltmo. señor Valdivieso como capellán, el Presidente don Joaquín Prieto, su señora y su hija Victoria, en-

tonces de 19 años, que sirvió al Instituto hasta su muerte acaecida en 1878.

Siendo capellán don Alejandro Larraín, en 1864, se dió a la Sociedad su organización actual. Fueron elegidas Presidenta, doña Isabel Ovalle de Iñiguez; Vice-Presidenta doña Victoria Prieto de Larraín y Secretaria doña Emiliana Subercaseaux de Concha. Se dividió la ciudad en 9 distritos y se nombró para cada uno de ellos una señora Inspectora, un grupo de Visitadoras y un médico.

Entonces sólo contaba para costear sus gastos con la escasa suma de $ 300 mensuales; con eso, y con lo que las asociadas re-

unían, se llevó adelante por largos años la grande obra en favor de los desvalidos.

Don Benjamín Pereira, secretario de la Hermandad, decía en la Memoria leída en la Sesión Solemne del año 1873:

«Las entradas desde el primer día de Septiembre pasado, ascendían a $ 9,524, cantidad que ha sido mendigada por nuestras piadosas señoras a cuya actividad se debe el notable incremento en las rentas de la Congregación.

»Entre los bienhechores, que apenas se ha golpeado su puerta, han acudido con gruesas sumas a aliviar la miseria del triste enfermo, hay algunos cuyos nom-

bres yo quisiera citar en esta ocasión; pero me lo impide la condicion precisa con que han hecho sus ofrendas al Instituto.

»No obstante, salvando el nombre de la autora, voy a consignar una dádiva que por haber sido recibida a última hora y no hallarse aún reducida a dinero, no aparece en nuestro balance: son unos trajes de sumo lujo, encargados a los talleres de Europa y que recién llegaron para su dueña; según factura importan la suma de $ 3,280. Esas riquísimas telas de la opulencia en breve se verán convertidas en dinero, y por consiguiente en abrigo para el desnudo, en pan para

el hambriento, en medicina para el enfermo.

»Los egresos habidos durante el año alcanzan a $ 8,899.05. Extrañaréis sin duda el saldo que aparece a nuestro favor porque una Asociación como la nuestra está destinada a no contar nunca sino saldos en su contra. Esa cantidad, a fuerza de cuidados y de no poco trabajo, ha logrado salvarse para pagar una fuerte remesa de medicinas que en pocos días más nos llegará de Europa para dotar las boticas de los pobres.

»Llegó a la cifras que con más interés escucharéis vosotras, las de los infelices que acoge bajo su acción bienhechora el Instituto.

A 7,114 llega el número de enfermos a quienes hemos adoptado; cifra que por sí sola demuestra el arduo trabajo que realizan nuestras hermanas.»

Aquí termina lo que llamaremos el pasado de la Hermandad de Dolores y comienza la época contemporánea, la que hemos visto desarrollarse y que ha ofrecido a las personas buenas y abnegadas ancho campo para ejercer la caridad, esa caridad que llena la vida y que reemplaza con afectos sublimes los amores de la tierra.

II

En 1890, el señor Vicario de la Arquidiócesis, don Jorge Montes y la señora Escolástica Salas, quisieron dar actividad a la obra cuyo movimiento se había detenido. Se nombró presidenta a la señora Isabel Nebel de Errázuriz, Vice-Presidenta a la señora Salas y secretaria a la señora Juana Solar de Domínguez, actual Presidenta. Luego volvió a ser capellán don Alejandro Larraín.

Desde ese resurgimiento la prosperidad del Instituto ha sido cada día mayor.

El capellán, con su natural elocuencia y el amor que tenía a

los pobres, atraía a numerosas señoras a prestarles sus servicios. Sus pláticas de los viernes eran la más completa enseñanza de cómo se debiera servir a Dios en sus pobres, él exponía ahí las necesidades que se veían a diario, y el dinero llegaba en proporción con las miserias que se daban a conocer. Fué un gran servidor de la Hermandad de Dolores, la amó extraordinariamente y enseñó a muchos a amarla.

* * *

Entre los muy merecidos elogios que se prodigan a esta Asociación de Caridad, se ha dicho que hace el bien sin ruido, calla-

damente y muchas personas han erigido este modo de ser de ella en una virtud. El distinguido sacerdote a quien me he referido, hablaba, pedía desde el púlpito, se quejaba de pobrezas, siempre con sobrada razón, contaba a todo el mundo las desdichas de los pobres, la escasez de ropa, la carestía de los medicamentos, escribía y hacía publicar en los diarios todo lo relativo a estas materias y es muy probable que al conocimiento que el público ha tenido de ellas, se deban en gran parte las herencias que ha recibido el Instituto, las cuales le han permitido hacer el bien en mayor escala.

Lo que jamás se ha admitido son las fiestas sociales para alle-

gar recursos; nó, eso era imposible, ni las señoras habrían sido apropiadas para organizarlas, ni lo hubieran querido; no había ni que pensarlo dentro de aquel ambiente de austera piedad.

Todas preferían esperar con paciencia el dinero o buscarlo por medios más silenciosos. En la época de la pobreza, se organizaron colectas de veinte centavos por medio de señoras Colectoras que tomaban a su cargo su cobranza. Se autorizó a cada Inspectora para buscar subscriptores a favor de su propio distrito.

Se hicieron rifas de alhajas, algunas de éstas legadas por sus dueños, otras obsequiadas por ejecutores testamentarios autoriza-

dos para disponer de ellas en favor de alguna obra pía, o por señoras que las daban queriendo hacer a la vez una limosna, un acto de desprendimiento y una ofrenda piadosa.

Otras veces la rifa era de cuadros, pinturas de principiantes, tan enteramente desprovistas de todo mérito artístico que, de haberlas expuesto, más que premio hubieran merecido una severa censura, si no fuera que el santo fin a que estaba destinado su producto, excusaba la osadía.

Las traducciones de las interesantes biografías de Saint-Amand «El Abate Deguerry» y «Paul Seigneutet» publicadas en los folletines del diario *El Estandarte Ca-*

tólico, produjeron un buen lote de ropa en circunstancias en que la situación económica de la Hermandad no le permitía gastar en telas. Se hicieron sábanas, mantillas y camisas y también pallazas que es el más valioso obsequio que se puede llevar al hogar del pobre, pues éstas procuran no sólo una comodidad y una ventaja bajo el punto de vista higiénico, son también salvación para muchas almas y muchos cuerpos dada la desastrosa promiscuidad en que viven los pobres.

En el tiempo a que me refiero no existía todavía el Hospital de Niños, ni la Asistencia Pública, instituciones ambas que prestan enormes servicios, tanto que a

veces nos preguntamos cómo hemos podido vivir sin ellas. El Instituto se veía obligado a multiplicar sus esfuerzos para hacer frente a tantas necesidades que hoy están atendidas.

Nunca ha recibido subvención fiscal, ni ha obtenido liberación de derechos de aduana para las medicinas que recibe del extranjero con el fin de proveer sus dispensarios, como sería de estricta justicia, pues éste es un desembolso de importancia, tanto que en el año 1915 ascendió a $ 10,304.45 y las sumas que en eso se invierten podrían aumentar las dietas de los enfermos o la compra de frazadas y otros ar-

tículos de gran necesidad para ellos.

La sociedad de Santiago ha hecho justicia a la Hermandad de Dolores, ha confiado a las señoras que la sirven el rol a veces penoso de cumplir, pero lleno de atractivos, de ser las consoladoras de los afligidos y hoy su situación económica le permite hacer una caridad inmensa.

* * *

Para la bien ordenada atención de los enfermos, la ciudad actualmente está dividida en catorce distritos que se llaman: Santa Ana, San José, San Saturnino, Andacollo, Estampa, Recoleta,

Santa Filomena, Asunción, San Isidro, San Ignacio, San Lázaro, Sagrado Corazón, San Alfonso y Lurdes.

Sus nombres indican su ubicación.

Para despachar las recetas dadas por sus médicos a los enfermos que visitan a domicilio el Instituto, posee tres dispensarios en casa propia servidos por Hermanas de la Caridad que llevan los nombres de sus benefactores, y son:

«Manuel Arriarán», en Esmeralda, 847.

«Blas Vial», en Castro, 131.

«Adela Baeza de Dávila», en Carrión, 1377.

Sostiene en casa arrendada, ser-

vido por las Hermanas de San José de Cluny, el dispensario «Carmen Letelier» en San Pablo, 4040.

Por iniciativa del Iltmo. y Rvdmo. señor Arzobispo don Juan Ignacio González, se estableció hace dos años en el edificio de la Federación de Obras Católicas, Rosas, 1078, el dispensario de medicina y policlínica de cirugía, «Alejandro Larraín», con servicio diario alternado de ginecología, análisis, cauterizaciones, etc.

Esta última instalación ha tomado enorme desarrollo, lo que demuestra la gran utilidad de los servicios que presta, pues ha venido a ser el complemento de la asistencia que la Hermandad de

Dolores hacía a domicilio. Lo atienden personalmente los médicos de la Asociación de Estudiantes Católicos. Las recetas que ahí se dan a los enfermos se despachan en los Dispensarios del Instituto.

Tiene tres casas de curaciones internas en diferentes barrios: en Mapocho, 1648; en Dardignac 538, y en Nataniel, 265.

Ocupa 16 médicos y 16 matronas.

Su personal activo es hoy de 170 señoras y todo está dirigido por un Consejo, compuesto de siete caballeros y siete señoras.

* * *

El movimiento habido en el año transcurrido desde el 1.º de Julio de 1917 hasta el 30 de Junio de 1918, ha sido el siguiente:

Enfermos asistidos.....	40,403
Enfermas asistidas por matronas.....	1,523
Recetas despachadas...	62,822
Análisis practicados....	402
Inyecciones aplicadas..	1,545

Ha gastado:

En honorarios de médicos.....	$	39,774
En honorarios de matronas.....		13,815

En dietas a los enfermos.....	23,522
En medicinas.....	22,791
En arriendos, administración, seguros, reparacion de edificios, contribuciones de haberes y otros gastos...	25,765
Lo que da un total de....	137,667

* * *

Para celebrar el centenario de su fundación la Sociedad ha erigido un altar en la iglesia Catedral y ha colocado en él una hermosa copia de la «Pietá», de Montauti que está en la capilla de la familia Corsini en la iglesia de

San Juan de Letrán en Roma.

Es un magnífico grupo de mármol que lleva la siguiente inscripción:

A la Santísima Virgen
Patrona de la Hermandad de Dolores
Que con mano maternal la ha conducido
En el primer siglo de su existencia.

Ruega señora por los que buscan en ti
Amparo y consuelo para el dolor humano.

Manifestación de filial cariño y llamado elocuente a las generaciones venideras a recibir allí lecciones de fortaleza y llevar

"Piedad" grupo escultórico por Montauti.

adonde quiera que haya desgraciados, consuelos, bondad, abnegación y amor.

* * *

La señora Nicolasa Correa de Irarrázaval, fué Presidenta durante quince años hasta que el mal estado de su salud la obligó a renunciar, pues sus fuerzas ya no le permitían trabajar. Ella y su hermana Carmela habían recibido de su madre el legado de su amor a la Hermandad de Dolores; la sirvieron con ejemplar constancia, inculcaron ese amor a sus hijos y es de esperar que éstos conserven en sus hogares

tan honrosa tradición para bien de los desgraciados.

La señora Escolástica Salas falleció hace poco tiempo, después de cincuenta años de constante dedicación a esta obra que había llegado a ser el objeto único de su vida.

* * *

Los pobres saben a quién deben recurrir cuando están enfermos; la señoras acuden a visitarlos, dan tarjeta para llamar al doctor, indican cómo se debe atender al enfermo, dan consejos de moral y de higiene, remedian lo que es posible en sus miserables viviendas, repiten el llamado

cuantas veces sea necesaria una nueva visita médica, y envían el enfermo al hospital cuando el caso así lo requiere.

Esta es la parte más digna de interés y de más trascendencia social en la obra del Instituto de Caridad Evangélica y lo que hace que después de cien años de existencia su actuación sea enteramente moderna.

Todas las sociedades que se han fundado después que ésta para atender a las diversas necesidades que se han ido revelando a las personas que se interesan por el bien del pueblo, comienzan por exigir la visita domiciliaria, ya sea asistencia a los niños pequeños y a sus madres, a las

niñas que acuden a los Patronatos, o a las familias menesterosas que socorre la Sociedad de San Vicente de Paul y tantas otras obras buenas. Todas recomiendan a sus miembros que conozcan el hogar, la organización de la familia, las condiciones en que se desarrolla la vida de la criatura desgraciada a quien se quiere salvar, para obtener así más seguramente el fin que se persigue. Porque la visita a los pobres es la obra de caridad por excelencia. Toda persona que entre a un conventillo encontrará en él corazones que sufren, niños que piden pan, mujeres abandonadas que necesitan amparo, al-

mas fatalmente destinadas a perder la pureza.

La miseria del pobre es mil veces mayor en su alma que en su cuerpo, las señoras cuidan de sus males físicos, socorren su pobreza y tienen palabras de consuelo para esas almas necesitadas de luz. El pobre enfermo es como un niño, sus flaquezas requieren una indulgencia y precauciones verdaderamente maternales. Sólo después de haberle hecho mucho bien se adquiere el derecho de darle consejos útiles con alguna probabilidad de que sean oídos. Los años han pasado y no se ha descubierto nada mejor para comprender al pobre, que visitarlo.

Convencidas de ésto por la experiencia adquirida e impulsadas por la piedad y el amor, siguen las señoras de la centenaria Sociedad realizando su misión salvadora a través del frío y el lodo del invierno y del ardiente sol del verano, pues los servicios están organizados de manera que nunca se interrumpan, que ningún enfermo se encuentre desamparado. Todos los días se suscitan nuevas abnegaciones para reemplazar a las que se alejan después de cumplida la tarea, llevando la convicción de que los mejores años de su vida han sido los que dedicaron a la Hermandad de Dolores y guardando

en sus almas un sólo sentimiento: el de no haberla servido más largo tiempo y con mayor perfección.